



## ACTO II

La sala de los cantores en Wartburgo.—En el fondo, la vista abarca sin obstáculo todo el recinto de la ciudad y todo el valle.

### ESCENA PRIMERA

ISABEL (*entrando gozosa y agitada*).—De nuevo os saludo, amadas bóvedas; os saludo con júbilo, queridas paredes. Aquí se elevan sus cantos; aquí me despiertan de un sombrío ensueño. Cuando os abandonó ¡cuán desiertas me parecísteis! Huyó de mí la paz; y de vosotras el gozo! Ahora mi pecho respira y se eleva, y vosotras parecéis recobrar vuestro augusto y fiero aspecto. Quien nos devuelve la vida, va á llegar, se acerca. Bóvedas amadas, yo os saludo!

(*Aparecen en el fondo Wolfram y Tannhauser*).

WOLFRAM.—Hela aquí; acércate sin temor.

(*Permanece en el fondo, apoyado en la balaustrada*).



TANNHAUSER (*precipitándose impetuosamente á los piés de Isabel*).—¡Princesa!

ISABEL (*conmovida y trémula*).—¡Gran Dios! Levantaos! dejadme! no puedo veros aquí!

(*Intenta alejarse*).

TANNHAUSER.—Sí, puedes! Quédate y déjame postrado á tus plantas.

ISABEL (*contemplándole con ternura*).—¡Levantaos! No debéis arrodillaros aquí, pues esta sala es vuestro reino! Levantaos! Bienvenido seáis! ¿dónde habéis permanecido en vuestra larga ausencia?

TANNHAUSER (*levantándose lentamente*).—Muy lejos de aquí, en recóndita comarca! El olvido ha corrido su tupido velo entre ayer y hoy. Todo, en un momento, se ha borrado de mi memoria, y sólo queda vivo un recuerdo: que no esperaba volveros á saludar, ni alzar á vos mis ojos.

ISABEL.—¿Á qué se debe, pues, vuestro regreso?

TANNHAUSER.—Á un milagro; á un augusto é incomprendible milagro.

ISABEL (*en un arranque de gozo*).—Gracias sean dadas á este milagro, desde el fondo de mi corazón. (*Conteniéndose de repente; y siguiendo, perpleja*). ¡Perdonad! no sé lo que me digo! Soy juguete de un ensueño, y más débil de espíritu que un niño, me veo entregada, impotente, á la fuerza de los milagros. Apenas acierto á reconocerme actualmente; auxiliadme, ayudadme á descifrar el enigma de mi corazón. Antes, complacíame en oír, sin cesar, las nobles melodías de los cantores; sus endechas, sus alabanzas parecíanme delicioso juego. Pero ¡qué vida tan extrañamente nueva hizo brotar vuestro canto en mi seno! Sentíalo, á veces, atravesarme como un dolor, ó bien penetrarme con repentina voluptuosidad; sentía lo que jamás sentí! deseaba lo que nunca había deseado todavía! Lo que antes me era apetecible, había cedido el paso á las de-





licias que aún no sabía nombrar! y cuando os hubisteis alejado... paz, gozo, todo me abandonó; las melodías que entonaban los cantores parecíanme tristes; sus pensamientos, siniestros; turbaban mi sueño sordos dolores; siempre en vela, mi vida era lúgubre delirio; la alegría había desertado de mi corazón. ¿Qué prodigio habíais obrado en mí, Enrique?

TANNHAUSER (*con entusiasmo*).—Al dios del amor, no á mí debes acatar; él tocó las cuerdas de mi corazón; él te hablaba por mis melodías; él me trae de nuevo junto á ti.

ISABEL.—Bendita sea la hora, bendito el mágico influjo, que me aportó la noticia, la deliciosa noticia de vuestra llegada. Rodeado de claridad encantadora sonrío el sol á mis ojos, y despertando á vida nueva, digo á la felicidad: mía eres!

TANNHAUSER.—Bendita sea la hora, bendito el mágico influjo que me aportó la noticia brotada de tus labios. Siéntome renacer y puedo consagrarme animoso á la vida. Con gozoso estremecimiento, digo á su más espléndida maravilla: mía eres!

WOLFRAM.—De esta suerte me abandona el último destello de esperanza.

(*Tannhauser, separándose de Isabel, se aproxima á Wolfram, le abraza y se aleja con él*).

## ESCENA II

*Entra el landgrave por una puerta lateral. — Isabel se dirige rápidamente á su encuentro, y reclina la cabeza en su seno.*

LANDGRAVE.—¿Por fin te encuentro en esta sala que por tan largo tiempo dejaste desierta? ¿cedes al atractivo de la fiesta de cantores que preparamos?

ISABEL.—Querido tío! padre amado!



LANDGRAVE.—¿ Llegó ya la hora de las confidencias?  
ISABEL.—Lee en mis ojos! no puedo hablar!

LANDGRAVE.—Guarda, pues, encerrado algún tiempo tu secreto y permanezca íntegro el hechizo, hasta que tengas suficiente fuerza para romperlo. Sea así. El prodigio que el canto preparó y despertó en tu corazón, el canto lo descubrirá también, coronando y rematando la obra. Truéquese el juego poético en acción y vida. (Óyese el són de las trompetas). Ya se aproximan los nobles de mis dominios, invitados por mi orden á la fiesta. Acuden en mayor número que nunca, pues saben que eres la reina del certamen.

### ESCENA III

*Clarines y trompetas.—Condes, caballeros, damas nobles ricamente ataviadas, entran, precedidas de pajes.—El landgrave é Isabel los reciben y saludan.*

CORO.—Saludamos con gozo la noble estancia; sea por largo tiempo albergue del arte y de la paz, y resuene en su recinto este grito de júbilo: Salud, príncipe de Turingia, landgrave Herman.

(*Damas y caballeros han ido ocupando elevados sitios y formando un amplio semi-círculo. El landgrave é Isabel ocupan en el proscenio un asiento de honor, colocado bajo dosel. Trompetas. Entran los cantores y saludan con solemnidad á la asamblea, yendo á sentarse, en el espacio libre del proscenio, y formando un semicírculo, en los taburetes que tienen destinados; Tannhauser, á la izquierda del proscenio y Wolfram, á la derecha, miran de frente á la asamblea.*)

LANDGRAVE (*levantándose*).—Esta sala oyó no pocas veces brotar de vuestros labios, amados cantores, preciosas melodías; y con ingeniosos enigmas, y gozosas canciones, vuestro numen, siempre simpático, regoci-

jó nuestro corazón... Cuando nuestra espada, en graves y sangrientos combates, sostenía la majestad del imperio alemán, cuando resistíamos al furor de los Güelfos y rechazábamos la fatal discordia, conquistasteis también nobles lauros.

La gracia y urbanidad de la vida, la virtud y la verdadera fe han alcanzado por vuestro arte magnífica y excelsa victoria.

Ofrecednos pues hoy á nosotros también una fiesta, hoy que nos ha sido devuelto el insigne cantor, tanto y tan largo tiempo deseado.

¿ Á qué debemos su vuelta? Para mí es un misterio. Á vosotros toca descifrarlo por el arte del canto. Oíd, ahora, la cuestión que os someto: ¿ podríais profundizar la naturaleza del amor? Quien tal pueda, quien más dignamente cante el amor, recibirá el premio de manos de Isabel; por elevada, por atrevida que sea su petición, me obligo á cumplirla. Adelante, cantores amados, preludiad en vuestros instrumentos. Plantado está el problema; disputaos el premio y recibid de antemano la expresión de nuestro agradecimiento.

(*Trompetas*).

CORO DE CABALLEROS Y NOBLES DAMAS.—¡Salud! salud! príncipe de Turingia! salud al protector del gracioso arte! salud!

*Siéntanse todos. Cuatro pajes se adelantan; recogen en una copa de oro, de mano de cada cantor, su nombre escrito en un billete; después, presentan la copa á Isabel que saca uno de los billetes y lo da á los pajes. Estos, después de leído el nombre, se dirigen solemnemente al centro del proscenio y dicen:*

LOS CUATRO PAJES.—Comience Wolfram de Eschenbach.

(*Tannhauser se apoya en su arpa, como abstraído por completo. Wolfram se levanta.*)

WOLFRAM.—Al recorrer mis miradas esta augusta



asamblea, arde en mi corazón noble entusiasmo! ¡Tantos héroes, prudentes y valerosos, flor de Alemania, bosque de encinas, altivo y majestuoso, de fresco verdor! Y esas graciosas y virtuosas damas, coronadas, con perfumes de simpáticas flores! Á este espectáculo embriagador mis ojos se ofuscan y mi voz enmudece. Cuando, entre tantas estrellas, mis miradas se elevan hacia una que brilla en el deslumbrante cielo, mi espíritu cerrado á otra imagen alguna, se concentra y se absorbe en piadosa adoración. De improviso, muéstrase á mis ojos una fuente maravillosa que mi espíritu contempla, lleno de asombro, y bebe en su manantial voluptuosidades divinas que inundan el corazón de inefables dulzuras... No permita el cielo que yo os deje enturbiar esta fuente, ni mancillar su origen con temeraria obra! Antes vivir en la adoración y el sacrificio, antes verter con gozo la última gota de sangre de mi corazón... Nobles oyentes: estas palabras os dicen cómo comprendo la más pura naturaleza del amor.

CABALLEROS Y DAMAS (*con muestras de aprobación*).— ¡Eso es amor! así es! loor á tu canto!

TANNHAUSER (*que al terminar el canto de Wolfram se ha estremecido como si despertara de un ensueño, levántase rápidamente*).—También yo, Wolfram, también yo tengo derecho á felicitar me de contemplar lo que has visto! ¿Quién podría no conocer esa fuente? Yo proclamo en voz alta su virtud; mas no puedo acercarme á su nacimiento, sin arder en deseos; no puedo evitar mi sed ardiente y aplico á ella sin temor mis abrasados labios. Bebo á grandes sorbos mil voluptuosidades, sin mezcla alguna de terror pusilánime, pues la fuente es inextinguible al igual que mi deseo. Ojalá su fuego arda eternamente, para que eternamente mi sed se calme en ese manantial. Así comprendo yo, Wolfram, en su verdad, la naturaleza del amor.

(*Isabel se dispone á aplaudir, pero, al ver que todos los*

*oyentes guardan grave silencio, se contiene timidamente*).

WALTHER DE LA VOGELWEIDE (*levantándose*).—Mi espíritu contempla, en su clara luz, la fuente que Wolfram ha mentado; pero tú, Enrique, tú que por ella te has abrasado en ardiente sed, no la conoces. Oye mis palabras, presta atención á mis lecciones: la fuente es la virtud, la virtud misma. Debes honrarla con fervido corazón, y sacrificar te en loor de su divina transparencia. Pero si acercas tus labios al manantial para calmar tu osada sed, aun cuando sólo rozaras la superficie, perdido queda para siempre su maravilloso poderío. Si quieres beber en la fuente refrigerante paz, no con los labios, sino con el corazón has de beber.

LOS OYENTES (*aplaudiendo entusiasmados*).—¡Hurra! Walther! Gloria á tu canto!

TANNHAUSER (*levantándose con viveza*).—En tu canto, Walther, desfigurás tristemente al amor! No extralimitándose de esa tímida languidez, en breve acabaría el mundo. Para glorificar á Dios en las sublimes alturas, alzad vuestras miradas al firmamento, levantadlas hacia las estrellas! Adorad esas maravillas, ya que no os es dado comprenderlas! Pero lo que se doblega á vuestro tacto, lo que vuestro corazón y vuestros sentidos pueden alcanzar, lo que, producido de la misma materia que vosotros, une con las vuestras sus dúctiles formas, atreveos á gozarlo, movidos por sabroso aguijón. Del amor, sólo conozco el goce.

(*Profunda agitación entre los oyentes*).

BITEROLF (*levantándose con impetuosidad*).—¡Ea! apréstate al combate! ¿Quién oiría con calma tus discursos? Si tu presunción lo consiente, presta, blasfemo, el oído á nuestras palabras. Cuando el noble amor me inspira, infunde el valor en mis armas; para preservar este amor de toda injuria, vertería yo con orgullo hasta la última gota de mi sangre. Con mi espada



de caballero lidiaré siempre en honor de las mujeres y de su excelsa virtud; y lo que á ti te ofrece goce, es vil placer que no vale una estocada.

LOS OYENTES (*aplaudiendo tumultuosamente*).—¡Honra á Biterolf! Toma, he aquí nuestra espada!

TANNHAUSER (*adelantándose con creciente exaltación*).—¡Ah! Biterolf! fanfarrón delirante! ¿tú, necio, cantas al amor? No, en verdad; nada comprendes de lo que me parece digno de ser amado. ¡Pobre caballero! ¿qué deleite puedes tú haber saboreado? Tu vida no ha conocido el amor, y de los goces que te ha dado ninguno valía una estocada.

(*Agitación creciente entre el auditorio.*)

CABALLEROS (*de diferentes lados*).—¡No le dejéis acabar! castigad su temeridad!

LANDGRAVE (*á Biterolf que desenvaina la espada*).—¡Envainad el acero! cantores, haya paz!

WOLFRAM (*se levanta, poseído de noble indignación. Restablécese el silencio*).—¡Cielo, sé propicio; inspira y santifica mi canto! haz que el crimen huya lejos de esta noble asamblea! ¡Sublime amor! conságrate mi canto un himno inspirado á ti que, bajo los divinos rasgos de un ángel, penetraste en mi alma! ¡Te acercas, mensajero celeste, y yo te sigo á encantadoras lontananzas, guiándome así á regiones donde tu estrella irradia eternamente!

TANNHAUSER (*en el colmo del entusiasmo*).—¡Diosa del amor! á ti celebra mi canto. Glorificada seas por mi voz. Tu gracia divina es fuente de toda beldad, y las más encantadoras maravillas obra tuya son. Quien te estrechó en sus brazos en ardoroso lazo sabe qué es amor; nadie, sino él, puede saberlo. ¡Pobres mortales, que nunca conocisteis el amor! ¡Partid, corred á la montaña de Venus! (*Explosión general de terror*).

Todos.—¡Ah! ¡maldito; apartaos de él! ¿lo oís? ¡ha estado en el palacio de Venus!

LAS DAMAS.—¡Alejaos, huid de su contacto!  
(*Aléjanse consternadas con ademanes de horror. Únicamente Isabel, que ha seguido los varios incidentes de la escena con angustia creciente, queda rezagada, pálida, esforzándose en permanecer en pié, apoyándose en una de las columnas del dosel. El landgrave, los caballeros y los cantores, abandonan sus asientos y se reúnen en grupo. Tannhauser, retirado á la izquierda, permanece aún largo tiempo inmóvil como arrobado en éxtasis.*)

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.—¡Ya lo oísteis! Sus impúdicos labios lo confesaron. Compartió los placeres del infierno; ha estado en el palacio de Venus! ¡Horror! infamia! maldición! Sea precipitado, de nuevo, en el infernal pantano! ¡maldito, condenado sea!

(*Lánzanse todos, espada en mano, sobre Tannhauser, que parece retarlos. Isabel se precipita entre ellos, con grito desgarrador, y con su cuerpo cubre á Tannhauser.*)

ISABEL.—¡Deteneos!

(*A su vista detiéndense todos estupefactos.*)

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.—¿Qué es eso? Isabel, la casta doncella abogando por el pecador!

ISABEL.—Atrás, ó dadme una muerte que desprecio. ¿Qué vale la herida de vuestro acero contra el golpe mortal que me ha inferido él?

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.—¡Qué oigo! Isabel! ¿tanto se dejó cegar tu corazón, que hasta te opones al castigo de quien te ofendió con traición tan horrible?

ISABEL.—¿Se trata de mí, acaso? No; sino de él, de su salvación. ¿Queréis robarle la salvación eterna?

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.—Desechó toda esperanza, ¡nunca logrará alcanzar su salvación! Sobre él cayó la maldición celeste; muera en su crimen!  
(*Adelántanse de nuevo hacia Tannhauser.*)

ISABEL.—¡Alejaos! no sois jueces! crueles! lanzad el



acero furioso, y oíd los acentos de una niña! Escuchad, por mi voz, la voluntad de Dios. Este pecador, encadenado por temible hechizo ¿ha de verse condenado á no obtener jamás su salvación por el arrepentimiento y la expiación en este mundo? Vosotros, tan firmes en la verdadera fe, ¿desconocéis hasta este punto los decretos del Todopoderoso? Vosotros, que queréis arrebatár la esperanza al pecador, decid: ¿qué mal os hizo?

Mirad á la joven cuyo corazón ha tronchado con inesperada herida, y que le amaba con profundo amor; ahora ruega por él, implora por él á fin de que arrepentido se incline á la penitencia y recobre la confianza y el ánimo de creer que un día el Salvador sufrió también por él.

TANNHAUSER (*repuesto gradualmente de su exaltación, y conmovido por el ruego de Isabel, dobla la cabeza, abrumado de dolor.*)— ¡Desventurado! ¡Desdichado de mí!

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES (*calmándose y conmovidos.*)— Un ángel ha descendido del luminoso éter para proclamar el santo decreto de Dios. Contempla, traidor infame, considera en tu alma la magnitud de tu crimen. Le has dado muerte, y ruega por tu vida; ¿seremos sordos á su angélica súplica? Aunque tuviésemos el derecho de no perdonar al culpable, no podemos resistir á la voz del cielo.

TANNHAUSER.— Para condenar al pecador á su salvación, la mensajera celeste ha descendido á mí; mas ¡ay! para mancillarla con un deseo criminal, fijé en ella una mirada impía! Oh tú, elevado por encima de estos abismos terrestres, tú que me enviaste el ángel de salvación, ten piedad del pecador, encenagado en el crimen, que vergonzosamente desconoció á la mediadora celeste.

LANDGRAVE (*después de una pausa.*)— Se ha cometido un crimen atroz; un hijo maldito del pecado se deslizó

entre nosotros, bajo hipócrita máscara. Te desterramos lejos de aquí; no puedes permanecer á nuestro lado; nuestro hogar se mancilla con tu presencia y el cielo mismo lanza amenazadoras miradas á este techo que te abrigó harto tiempo ya. Un camino te queda para salvarte de la eterna ruina; al rechazarte de aquí, voy á indicártelo, empréndelo! De distintos puntos de mis dominios se ha congregado gran número de peregrinos penitentes; los más ancianos han partido ya; los más jóvenes se encuentran aún en el valle. Y aun cuando sobre su conciencia sólo pesan faltas leves, acuden religiosamente á Roma para la fiesta del perdón general.

LANDGRAVE, CABALLEROS, CANTORES.— Vé con ellos en romería, á la villa misericordiosa; y allí, humillando en el polvo la frente, rescata tu crimen! Prostérnate á los piés del Vicario de Dios, y no regreses sin haber obtenido su bendición. Aunque nuestra venganza ha cedido á la intervención de un ángel, nuestro acero sabrá alcanzarte si permanecieses en oprobio y pecado.

ISABEL.— Permítele llegar á ti, Dios de gracia y misericordia! otorga la remisión de sus pecados! Por su bien te imploro, mi vida será incesante plegaria; haz que brille á sus ojos la luz, sacándole de su eterna noche! Acepta, en cambio, el sacrificio voluntario de una vida, que ya no me pertenece!

TANNHAUSER.— ¿Cómo alcanzar perdón, cómo expiar mi crimen? He visto zozobrar de repente mi salvación; la misericordia celeste me abandona. Quiero tomar parte en la religiosa romería, quiero golpear me el pecho, prosternarme en el polvo, bañarme en contrición. Sea reconciliado el ángel de mi angustia, el ángel criminalmente ultrajado, que se ofrece en sacrificio por mi redención.

CANTO DE LOS JÓVENES PEREGRINOS (*en el fondo del*



valle).— En la fiesta del santo jubileo, expiad humillados vuestras culpas! Bendito el hombre fiel en la fe; la penitencia y el arrepentimiento le salvaron.

Todos (*escuchando conmovidos el canto, mientras Tannhauser, transfigurado repentinamente por un rayo de esperanza, sale con rápido paso*).— ¡Á Roma! ¡Á Roma!



### ACTO III

El valle de Wartburgo.—Á la izquierda, el Herselberg, como al final del acto primero, pero con los matices del otoño.—Declina el día.—En la colina, á la derecha, ante una imagen de la Virgen, Isabel arrodillada, orando con fervor.—Wolfram, descendiendo de la altura cubierta de árboles, se detiene al percibir á Isabel.

#### ESCENA PRIMERA

WOLFRAM.— Ya sabía que la encontraría rezando, como siempre que, desde lo alto de las colinas, bajo al valle. Llevando en su corazón la muerte que recibió de él, prosternada en fervientes plegarias, implora noche y día su salvación: ¡eterno hechizo de un amor santo! Espera que los peregrinos regresen de Roma. Ya los árboles se despojan de sus hojas; no tardará el regreso: ¿vendrá él con los perdonados? Tal es la pregunta, tal el voto que ella dirige al cielo. ¡Haced, santos clementes, que sea cumplido! Si la herida debe quedar siempre abierta, dulcifíquela al menos un bálsamo!